

Cristina Palomares,
*Sobrevivir después de Franco. Evolución
y triunfo del reformismo, 1964-1977*,
Madrid, Alianza Editorial, 2006, 398 págs.

Traducción del original inglés, publicado en 2004 con el título *The Quest for Survival after Franco. Moderate Francoism and the Slow Journey to the Polls, 1964-1977* (Sussex Academic Press), su joven autora, Cristina Palomares, es doctora por la London School of Economics and Political Science —la edición española cuenta con un breve prólogo de Paul Preston— y máster en Relaciones Internacionales por la Universidad de Cambridge. La autora es, además, miembro de la FAES, un dato quizás irrelevante en la elección del tema, sin duda del mayor interés, pero no en cierta actitud benevolente a la hora de interrogar a sus fuentes orales y escritas. El libro llega precedido por las excelentes críticas de su edición inglesa, y ha sido editado con su habitual esmero por la editorial Alianza —con una magnífica portada— y aún mejor traducido por Ana Escartín.

Por todo ello resulta aun mayor la desilusión que produce su lectura. No porque uno esté o no de acuerdo con su tesis, que eso es otra cuestión como veremos más adelante, sino porque ésta no se apoya en un trabajo novedoso, es decir, que aporte nuevas reflexiones sobre el tema o nuevas fuentes para su interpretación. En casi ningún momento se explicita esa tesis, excepto en un título muy bien elegido aunque quizás más acertado en el subtítulo de su edición inglesa (el *lento* camino hacia las elecciones, como así fue), y de pasada en un par de páginas, algo llamativo en un libro de ciencia política de casi cuatrocientas. No hay conclusiones, sino un epílogo con un apretado resumen de casi veinte años de historia de la democracia española y del Partido Popular (PP), y cuando se explicita su tesis es para preguntarse si la acción de los reformistas «quizá, sin la presencia de una fuerte oposición, habría sido implementada de forma más gradual» (pág. 274). Precisamente lo que uno esperaba que el libro contribuyera, al menos, a explicar.

En cuanto a lo segundo, las fuentes, son escasas las primarias y abundantes las secundarias, aunque se echen de menos referencias bibliográficas importantes al hablar de temas concretos, como el dividido mundo católico, los intelectuales o la prensa, con títulos recientes que podrían haberse incluido en la edición española (los de Elisa Chuliá o Álvaro Soto le hubieran sido de gran utilidad). Lo peor, sin embargo, es el uso acrítico, meramente informativo y no contrastado que se hace de todas ellas, incluidas las memorias y las entrevistas orales, aun cuando plantean ideas contradictorias. Da poca credibilidad al libro que tome como interpretaciones historiográficas las que no lo son, ni lo pretenden (Manuel Milián, por ejemplo); que use con bastante ligereza conceptual el término «aper-

turista» y «democratacristiano» para Ruiz-Giménez (en 1951) o Silva Muñoz, el de «progresista» para Fraga Iribarne o el colectivo militar *Forja*, o el de «demócratas encubiertos» para Marcelino Oreja o Íñigo Cavero; que sea sólo «cuestionable» la validez democrática del referéndum de la Ley de Sucesión en 1947, se presente a José M. García Escudero como un «historiador» o se haga comunista al FLP (que no FELIPE) y socialista a Jesús Prados Arrarte.

La autora acaba escribiendo un relato político, que incluye hasta una apretada biografía de Fraga Iribarne desde su niñez, pero su análisis es poco preciso donde más cabría esperar, es decir, lo que ella misma llama el «teórico» derecho de asociación y el «mito» de las asociaciones políticas. Se habla mucho de esa «nueva estirpe de franquistas moderados, aunque plenamente integrada en el régimen, [que] iba a desempeñar un papel decisivo en el éxito de la transición a un sistema democrático» (pág. 115), pero al final no sabemos muy bien quiénes eran esos reformistas aparte de algunas listas de nombres, ni qué querían exactamente ni cómo pretendían lograrlo. Hay aquí nóminas indiferenciadas en exceso, casi a bulto, e igual aparecen juntos Areilza, Fraga, Alfonso Osorio, Martín Villa o Fernández Ordóñez, que se pasa sin solución de continuidad desde la revista *Cuadernos para el Diálogo* a los grupos de estudios GODSA y ANEPA, o a determinadas plataformas políticas (Tácito). Al final la gestión de Ruiz-Giménez en el Ministerio de Educación Nacional (1951-1956), la «apertura» de Fraga en 1966 o los debates sobre el «desarrollo político» y el «perfeccionamiento» del sistema son presentados como eslabones de una única línea reformista, la que culminó con la Ley de Reforma Política de 1976.

También se habla mucho y se dice poco sobre el espacio de contacto con la oposición moderada (la famosa «zona templada»); por ejemplo podría haberse detenido algo más, y con las fuentes primarias, en la conocida polémica entre Jorge de Esteban, Herrero de Miñón, García San Miguel, Rafael Arias-Salgado, Ferrando Badía y otros desde 1972. Se atiende, eso sí, a la cronología, a la evolución desde los años sesenta de esos «aperturistas» convertidos en «reformistas» ya en los setenta. Y creo que ahí radica una de las claves, pues «la categórica conclusión de este estudio», es decir, que «los políticos moderados que formaban parte del régimen de Franco entre los años sesenta y setenta y que apoyaban la reforma política del sistema fueron un factor esencial para el éxito de la transición democrática en España» (pág. 301), puede asumirse siempre que sea «un» factor, pero no «el» esencial. No cabe duda de que, si a la altura de 1975, el régimen franquista hubiera llegado como un bloque monolítico, compacto en la defensa de los valores del 18 de julio, la transición habría sido mucho más difícil.

Sin embargo, volviendo a la cronología, ser reformista en 1976 no era lo mismo que serlo diez años antes y, si damos la vuelta a la perspectiva de análisis, lo que sorprende una vez más de todo el proceso fueron los enormes límites del aperturismo franquista y los fracasos de los sucesivos amagos de reforma hasta después de la muerte del dictador. Entre los cuales debe incluirse el fracaso «sin paliativos» del proyecto canovista, de de-

mocracia limitada, inspirado por Fraga durante el segundo gobierno de Arias Navarro, canto de cisne del improbable reformismo franquista. Haber primado la supuesta continuidad de éste sobre la nueva situación creada en julio de 1976, con el nombramiento de Suárez, lleva a la autora a minusvalorar algunas de las principales claves explicativas del proceso. Así, al contar la oposición de Torcuato Fernández-Miranda al proyecto de asociaciones anota que fue, «*irónicamente*, el hombre que había de establecer las bases del futuro sistema democrático en España» (pág. 136, cursiva mía), algo que habría requerido una mayor explicación. También podría haber prestado atención a la orgullosa autodefinición de muchos de esos reformistas como «hombres de Estado», eficaces servidores que transfirieron al rey su anterior lealtad a Franco, y sobre todo al papel jugado por el rey Juan Carlos. Hasta el propio Carrillo, como se afirma en la pág. 216, tratando de averiguar quien era el líder de los reformistas, había llegado a la conclusión de que era el propio Juan Carlos, porque «estaba preparado para instituir la democracia si ello le permitía conservar la corona».

Quizás hubiera sido más fácil empezar por el final, ver quiénes eran y de dónde venían los miembros del primer gobierno de Suárez, incluido él mismo, ese gobierno formado por jóvenes consejeros nacionales, procuradores y funcionarios técnicos del Estado de orígenes neofalangistas y católicos que fue llamado despectivamente de los PNN o de los subsecretarios para denunciar su escasa relevancia política. Así como las causas de que Fraga Iribarne, gran protagonista de estas páginas, acabara liderando una alternativa política con ex ministros de Franco no precisamente entusiastas de la democracia parlamentaria —ni siquiera la «germánica» sin Partido Comunista de que tanto habla la autora— ni de la forma que ésta tomó en España con la Constitución de 1978. Si bien la propia autora escribe que la modernización del sistema era «inevitable» después de 1975 (pág. 274) y que en ese proceso resultó decisiva la presión de la sociedad civil y la oposición antifranquista organizada, no intenta explicar la relación de tales fenómenos con el proceso de cambio político. En su orden causal son los aperturistas del régimen quienes llevaron la iniciativa para adaptarse a tales cambios estructurales antes de que la oposición pusiera en peligro su supervivencia política, aunque otros veamos lo contrario: cómo los «aperturistas» se hicieron «reformistas» sólo muy tarde, ante la inminente muerte del dictador o incluso después, ante la manifiesta debilidad política del régimen, la presión internacional y la movilización en la calle con el peligro que todo ello conllevaba para la institución monárquica.

Es verdad que no se hicieron reformistas tan tarde como para no poder prestar en algunos casos un servicio notable desde el poder a la transición democrática, o para conducir un sector de la sociedad —eso que solemos llamar el «franquismo sociológico»— hacia la democracia. Otra cosa muy distinta es dar por buenos sus relatos y hacerlos pasar por «demócratas agazapados» o *avant la lettre*, prudentes por la fuerza de las circunstancias aunque éstas fueran hacer el saludo fascista el 18 de julio (Martín Villa) o

no renunciar a la «la continuidad del Estado Nuevo» (Leopoldo Calvo Sotelo), rechazar cualquier «retorno a los esquemas parlamentaristas» (Gabriel Cisneros, Fernando Suárez) y defender una monarquía basada en «el principio de unidad de poder» (Alfonso Osorio) en un futuro sin Franco, como declaraban todavía en 1974 en un libro editado por la ANEPA. Por supuesto no es cometido de la autora hacer juicios morales, pero no se sabe si con inocencia o convencimiento asume juicios implícitos como que «la drástica propuesta de la oposición, que estipulaba el desmantelamiento de las instituciones franquistas, amenazaba no sólo la supervivencia política de los reformistas sino también la estabilidad del país» (pág. 301), cuando más bien era el franquismo el que amenazaba la convivencia civil y la estabilidad del país a todos los niveles. En suma, el libro de Cristina Palomares tiene la principal virtud de replantear y dar elementos a la polémica sobre un tema central de nuestra historia presente: la transición a la democracia. Pero uno, después de leerlo, no puede dejar de pensar que quizás fue más importante la aportación de personas como el periodista José Antonio Novais al escribir «abrámosle un crédito y procuremos olvidar al Fraga de los años 60» (pág. 248), aquél mismo que le había perseguido con saña.

JAVIER MUÑOZ SORO